

Semilla. Encausto, chapopote s/madera, 120 x 100 cm. 1997.

LA UTOPIA EN *¡PÁJARO VUELVE A TU JAULA!*

DE SEVERINO SALAZAR

Alejandra Herrera y Vida Valero*

[...] no se puede vivir sin metas, sueños, ilusiones o ideales; o sea, sin tratar de rebasar o trascender lo realmente existente. No se puede vivir, por tanto, sin utopías.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

El viaje y la literatura rompen el hilo de la vida cotidiana, también el color gris de la rutina, y su compañera inseparable, la seguridad, se trastoca en aras de explorar nuevos tiempos y espacios, diferentes modos de enfrentar y hacer la vida. Casi siempre pensamos que el lugar aquél es ideal, que allá, lejos, todo será mejor que aquí. En esos espacios ideales, la condición humana satisface el deseo o la aspiración de ser otro, de vivir una historia diferente a la de cada quien; por eso al abrir un texto literario, sus primeras páginas tienen algo que evoca a una de esas estaciones o aeropuertos, en los que uno espera el momento de abordar y las expectativas sobre el lugar que nos aguarda se acrecientan o se viven con gran ánimo y excitación, pues a través del deslizamiento de las páginas nos aventuramos a asumir destinos diferentes, aprendemos a latir con otros corazones, escapamos a través de ese viaje imaginario de nuestros límites externos e internos.

Quizá por alguna de estas razones, la historia de *¡Pájaro, vuelve a tu jaula!* (2001), la novela más reciente de Severino Salazar, se construye alrededor de un viaje que un grupo de niños del pueblo de Tepetongo, en el estado de Zacatecas, realizará al centro de una mina. A lo largo del relato, encontramos una serie de rasgos, que nos hace suponer que este viaje puede ser leído como una utopía.

Pero antes de abordar el tema, haremos un alto para detenernos en el narrador. Para contar esta historia Salazar utiliza la primera persona del singular. Se trata de un adulto, y lo que relata corresponde a un suceso que ocurrió ya hace más de veinte años. No sólo es un personaje testigo, pues tiene una gran participación en el relato: era el líder de la expedición, e incluso, a él mismo se le ocurrió iniciar la aventura para ir en busca de un tesoro que suponía oculto en la mina de Juanchorrey. Su apodo era Sonaja porque: “[...] según ellos, mi cabeza no tenía descanso: nomás estaba ideando cosas y, cada vez que la movía, se le escapaban los ruidos de lo que guardaba dentro de ella. Era un hervidero de pensamientos.” (*¡Pájaro, vuelve a tu jaula!*, p. 21) El tiem-

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

po presente de la novela es el de la narración, Sonaja es ahora un ser deforme. Revivir la aventura infantil y la historia de una sonrisa proveen de sentido su vida: "El mero día que cumplí treinta y tres años me di cuenta que sólo vine al mundo a presenciar un instante de felicidad absoluta. Y ésta se manifestó en una simple sonrisa." (*Ibid.*, p. 9) Con lo cual el lector comienza a preguntarse qué y cómo pasó, dando lugar a la tensión narrativa.

A este viaje del grupo de niños, puede asignársele el adjetivo utópico, pues lo que los hace actuar es un sueño, una fantasía, que cada uno elabora en aras de los beneficios que les daría encontrar dicho tesoro. De este modo, se organizan colectivamente para hacer realidad su sueño, ya que, una utopía no puede realizarse individualmente, pues si se trata de un proyecto que habrá de beneficiar a los demás, requiere de un esfuerzo grupal. (*Cfr.* Adolfo Sánchez Vázquez, "La Utopía de *Don Quijote*", p. 26)

Por eso, Sonaja expresa su emoción así: "Ya nada tendría chiste si no hacía esa excursión, pero no solo, sino con mis amigos. Era una aventura gloriosa que tenía que hacerse entre muchos, como la conquista de un país, la fundación de una ciudad o la guerra [...]" (Severino Salazar, *op. cit.*, p. 22) O como la edificación de una ciudad utópica.

Los personajes de esta historia son niños de diez y once años, pertenecen al espacio rural, a un pueblo de rancherías y conocen las estaciones, las épocas de cosecha, los nombres de las plantas, los animales y la utilidad de éstos. También son juguetones y alegres, crueles y destructores; casi todos poseen una gran imaginación, sus juegos son colectivos y al aire libre, como "Encantados", "Mover la tierra" y el que da título al libro: "¡Pájaro, vuelve a tu jaula!".

Vale la pena detenerse en algunas de las características que configuran la personalidad de estos niños, porque Salazar prefigura en ellos su carácter de adultos, por ejemplo, Manuelillo es el "sabelotodo", tiene una gran confianza en sí mismo y es capaz de asegurar cosas sin saber qué son o qué pasa con ellas en realidad, de ahí el mapa de la mina que realiza sólo con base en su imaginación: "—Pero si tú nunca has estado ahí./ —Eso no es necesario. Yo así me la imagino por dentro. Y así debe de estar. Ya verán

—aclaró Manuelillo." (*Ibid.*, p. 44) También, en su afán de controlar al grupo lleva una brújula, y es capaz de exigir a sus amigos uno de los huesos que recogieron a lo largo del camino, mientras él flojeaba. Del mismo modo, Jesús el don Elías, el Gorguz, siente que puede llevar el mando de la expedición, pues sin su lámpara el mapa no podría servir de guía, es decir, sabe sacar provecho de todas las situaciones. Pareciese como si estos niños representaran a dos de los grandes poderes que manejan al mundo: el religioso y el mercado, pues se disputan el liderazgo del grupo, uno, sin ningún fundamento, desde la irracionalidad; y el otro, desde lo pragmático, negocia con lo que tiene para obtener más y así consigue que los otros se sometan a él.

También hay entre ellos: bondad, desinterés, temor, negligencia y la solidaridad de hermanos. Jesús el de don Jesús María es generoso, pues provee, a través de su padre, los canarios que llevarán en el viaje. Casimiro, la Verruga, es el soez, siempre diciendo malas razones, chistes escatológicos: el vulgar del grupo. Andrés es el temeroso, ya iniciado el viaje mejor se regresa, tiene miedo de lo que pudiesen encontrar, no asume el riesgo de abandonar su entorno. Arturo, el hermano de Sonaja, es medio negligente, prefiere dormir a levantarse y correr a la gran aventura, finalmente lo hace, y como muchos adultos, le da la vuelta a los conflictos. Tiene la cicatriz de una quemadura en una mejilla, lo cual hace que Sonaja a menudo se conduela de él. Ramiro tiene un hermano mayor, Álvaro, que padece un retraso mental, la actitud paciente y bondadosa para con el hermano enfermo, resulta en muchos casos conmovedora.

No son pobres, pero sí viven con limitaciones económicas. Tienen la cabeza llena de sueños, y uno de ellos, el de Sonaja, empieza a tomar cuerpo con los planes para realizar la visita a la mina. Todo es alegría y entusiasmo, camaradería y solidaridad, el espíritu de cooperación anima al grupo. Así, empieza a construirse el sueño: el vehículo para trasladarse será la vieja carreta del padre de Sonaja; desde luego, deberá pensarse en las provisiones: las tortas, los refrescos y dinero para comprar en alguna tienda; también son importantes los costales para recoger

Laura Quintanilla.



Sobrevuelo. Encausto y chapopote s/tela, 120 x 100 cm. 2001.

huesos —ya que los venden a don Herculano, para la elaboración de azúcar—; y dos cosas muy importantes: un canario entrenado para llevarlo al hombro, que les permitirá saber si el aire de la mina es respirable o está envenenado, y el mencionado mapa, que Manuelillo hace sin conocer la mina. No obstante, aquí es importante subrayar que este mapa refiere a un lugar imaginario, exactamente como las descripciones de las ciudades erigidas por los grandes utopistas, es decir, espacios no existentes surgidos de la imaginación de sus autores como la ciudad de Dios de San Agustín, la del Sol de Campanella y la Nueva Atlántida de Bacon. Son espacios ideales, en los que las calamidades de las ciudades reales y la infelicidad no existen, pues se garantiza el bienestar mediante la justicia de sus leyes. Veamos un ejemplo de Tomás Moro:

Cada ciudad se divide en cuatro zonas en cuyo centro existe un mercado provisto de todo. Las

familias llevan a ciertos edificios situados en el mercado mismo los productos de su trabajo, los cuales, según su clase, se distribuyen en distintos almacenes. Los cabeza de familia piden en ellos lo que necesitan y se lo llevan sin entregar dinero ni otra compensación. ¿Cómo había de negárseles cosa alguna si todo abunda y no se recela que nadie solicite más de lo necesario? [...] La codicia y la rapacidad son fruto, en los demás seres vivientes, del temor a las privaciones y en el hombre exclusivamente de la soberbia, que lleva a gloria superar a los demás con la ostentación de lo superfluo. Pero este vicio no tiene cabida entre los utópicos dado el carácter de sus leyes. (“Utopía”, p. 87)

Guardada toda proporción, los chicos sueñan con ese lugar en el que encontrarán un tesoro que les permitirá realizar sus fantasías. Planear el viaje hacía volar su imaginación infantil: podrían comprar un

coche, tener chofer, contratar ingenieros para que les construyesen casas en la mitad de la presa, comprar un avión y recorrer el mundo a través de las alturas para regresar a casa el mismo día, ser dueños de una panadería y comer pan de dulce todo el día, e incluso, repartirlo a los pobres. El grupo ya no tendría que comer “[...] frijoles, carne de cochino ni alimentos que no nos gustaran.” (Salazar, *op. cit.*, p. 26) Según Servier: “Las utopías se nos presentan como sueños nacidos del sentimiento de abandono de una clase social —siempre la misma, en el transcurso de los siglos.” (*La utopía*, p. 19) Lo que podría completarse con lo que Sánchez Vázquez afirma: “Toda utopía entraña [...] una crítica de lo existente. Y sólo porque se halle en relación con una realidad, que, por detestable, es criticada, se hace necesaria.” (*Op. cit.*, p. 23) Es decir, los sueños surgen de las carencias y necesidades no satisfechas de una sociedad o de un sujeto. Obviamente, la utopía planteada por estos niños no tiene paralelo con los grandes proyectos utópicos, ellos sólo tienen el deseo de aventura y de traspasar los límites de las calles de su pequeño pueblo. También existe el deseo, el sueño de convertir ese pueblo en uno de puros millonarios, en otras palabras, hay un deseo infantil de remediar las necesidades económicas del pueblo.

“La utopía remite imaginativamente a una sociedad futura, inexistente hasta ahora. En el presente, no hay lugar para ella [...]” (Sánchez Vázquez, *loc. cit.*) Si bien en el texto de Salazar, la mina existe, pues Zacatecas fue un estado minero, lo que es utópico es la supuesta existencia del tesoro. La sociedad futura con la que fantasean los niños, tiene como base encontrarlo, para que su pueblo se convierta en el que sueñan y en el que los pobres tendrán pan dulce todo el tiempo.

Además de hacer evidentes las deficiencias y vicios de la sociedad real, otro rasgo de la utopía, es su carácter valioso, por lo que realizarla se convierte en algo necesario. Así, Sonaja propone a sus amigos el viaje a la mina como una aventura digna de vivirse, valiosa, de la cual saldrán enriquecidos no sólo por los bienes materiales, sino por los que la misma aventura les ofrece. De ahí los planes y la elección del tiempo más propicio para iniciar la salida: el que

eligen es el tiempo en el que se realiza la feria de Jerez, pues los grandes estarán ocupados preparándose para asistir a ella. Los padres no deben enterarse, pues en primer lugar les negarían el permiso para ir, pero sobre todo porque ellos ya no tienen capacidad de soñar:

Y este deseo o esta fiesta dentro de mí era como la fuerza bruta de un par de bueyes que me hacía moverme por el pueblo arreglando todo para llevar a caño la excursión [...] Para que nadie se desanimara o se fuera a echar para atrás en el último momento. Y para que de ninguna forma se enteraran los grandes —nuestros padres— y lo hicieran malograrse. (Salazar, *op. cit.*, p. 23)

No obstante, el padre de Ignacio impide que su hijo vaya: “—¡Ya mero voy a dejar a mis hijos andar con ustedes en esa carreta cargada de locos!” (*Ibid.*, p. 35) Les dice a Sonaja y a su hermano, en el momento de pasar a recoger a su amigo. De cualquier manera la excursión no se detiene.

Al pasar por Ramiro, éste tiene que sortear el inconveniente de que Álvaro, su hermano mayor, recuérdese que es retrasado mental, quiere ir con ellos, por lo que pide la venia de sus compañeros para poderlo llevar; los otros están de acuerdo, pero con la condición de que él lo deberá cuidar. Álvaro está todo ilusionado y en su extraña e incomprensible lengua lo manifiesta.

Subidos en la carreta del padre de Sonaja, lo cual revela los deseos del señor por seguir con las tradiciones y no entregarse a la modernización, los niños inician la aventura. Se trata de una vieja carreta tirada por dos bueyes, mansos “[...] tan viejos que ya casi no tenían alientos ni para espantarse las moscas con la cola.” (*Ibid.*, p. 36) Según describe Salazar esta carreta, pareciese que se tratara de un microcosmos en el que los tres reinos estuviesen conjugados entre sí: el vegetal en las maderas que la componen, el mineral, en las ruedas que “[...] se hundían en el suelo igual que cuchillos [...]” (*Ibid.*, p. 14) lo cual le impedía circular en las nuevas carreteras que apenas se estaban construyendo; el reino animal en los bueyes y según el mismo narrador, el humano con los viajeros.

El entusiasmo de los niños se revela a través de canciones, risas, bromas, adivinanzas y dichos al dirigirse a Juanchorrey, lugar donde está la mina. No obstante, toda esta alegría, empiezan a surgir las dudas de la existencia del tesoro.

Sin embargo, la aventura no se detiene, pues ésta es un modo de romper con la rutina de la vida diaria, con la eternidad que los días de infancia duran. Este viaje les permitirá, además, conocer otros lugares y a otras personas y así, se encuentran en el camino primero a un niño, Magdaleno de Atocha que se une al entusiasmo de los viajeros, y después a otro, Ramón, el pastor de cabras, que, aunque teme al castigo por abandonar su rebaño, no duda para integrarse al grupo. Y como si la pandilla fuese una cofradía o una hermandad, a los nuevos integrantes se les hace pasar por un rito de iniciación, ambos son bañados, uno en un río, y el otro, en una cañada, lo cual parecería como si se tratara de una ablución

que los limpiara de impurezas para poder pertenecer al grupo. El rasgo infantil de dicha iniciación es la “pamba” a la que son sometidos entre la risa y algarabía de todos los niños.

Resulta curiosa la descripción que hace Salazar de Magdaleno, pues casi es un retrato hablado de la imagen del Santo Niño milagroso de Plateros del mismo estado de Zacatecas:

Llevaba puesto un sombrero de fieltro negro adornado con muchas plumas de faisán y espigas de trigo, muy viejo; colgado de su hombro derecho, un morral de ixtle y un guaje para el agua. Apoyaba sus pasos con un bordón de viajero. Su camisa blanca era más grande que él, hasta parecía vestido [...] llevaba una concha del mar, de las que tienen muchas arrugas, prendida de un seguro plateado en su camisa, como un prendedor de mujer. (*Ibid.*, pp. 55, 56)



Laura Quintanilla.

Configuración de la subconciencia. Encausto y chapopote s/madera, 70 x 90 cm. 1999.

Quizá preocupado por los remordimientos de haber abandonado a su rebaño y temeroso del castigo, Ramón dice a sus nuevos amigos: “—Es que [...] en la mañana cantó uno de los chivos —me dijo el cabrero medio preocupado./ —¿Los chivos cantan?/ —Nunca. Pero mi papá dice que si un chivo canta es porque se va a ver un ejemplo. Va a pasar algo horroroso, pues.” (*Ibid.*, p. 83) Y de este modo, la tensión del relato se mantiene e incluso se incrementa aún más:

Por fin la carreta llega a Juanchorrey, en una tienda los niños compran golosinas y preguntan al tendero qué tan lejos queda la boca de la mina. El tendero asombrado pregunta: “—¿Van a la mina? —y peló tremendos ojos. /—Sí —le dije [...] / —¿Ustedes solos? ¿No les da miedo andar solos?” (*Ibid.*, pp. 86, 87)

Estas preguntas anticipan que algo terrible puede suceder. Además, el recuerdo que Sonaja tiene del padre de Ignacio negándole el permiso para ir con ellos, y refiriéndose a la carreta como un vehículo cargado de locos, hace imposible soslayar la relación entre la carreta y la nave de los locos de la Edad Media. Aquella en la que se les subía y se les dejaba ir a la deriva, condenándolos de este modo a una muerte segura, pues se suponía que estaban poseídos por el demonio. Este recuerdo también ayuda a inferir que el viaje no tendrá buen fin.

Nuevamente Ramón hace otra referencia al estado de locura de estos niños cuando se pregunta: “¿Pero qué gano yo con andar arriba de una carreta llena de huesos apestosos y con esta bola de locos?” (*Ibid.*, p. 91) La tensión crece para el lector, sin embargo, los niños continúan con las risas y los juegos que incluso ponen impaciente al narrador, pues éste ya quiere llegar al lugar acordado.

Al fin llegan a la mina, “Y al darle vuelta a la primera loma, divisamos la boca de la mina, bien abierta, cual hocico de lobo, como si se quisiera tragar a todo el que pasara por enfrente. Tal como nos había dicho que era el dueño de la tienda.” (*Ibid.*, p. 103) Este aspecto y las historias de miedo que los chicos empiezan a contar hacen que Álvaro se asuste y no quiera de ningún modo entrar. Su hermano lo sienta en una piedra a la entrada y ahí esperará a que el grupo salga.

Si a lo largo del camino habían dudado de la existencia del tesoro, resulta curioso que ya enfrente del objetivo final, el narrador tenga casi la certeza de que no habrá tal tesoro:

Más bien dicho, no comencé a dudar: fue como una corazonada repentina, que me llegó de quién sabe dónde [...] Y eso me inundó de pesadumbre. Porque entre más cerca nos hallábamos del tesoro, yo más dudaba de su existencia. Estaba a punto de desesperarme, pues siendo así, este viaje ya no tenía ninguna razón de ser. (*Ibid.*, p. 111)

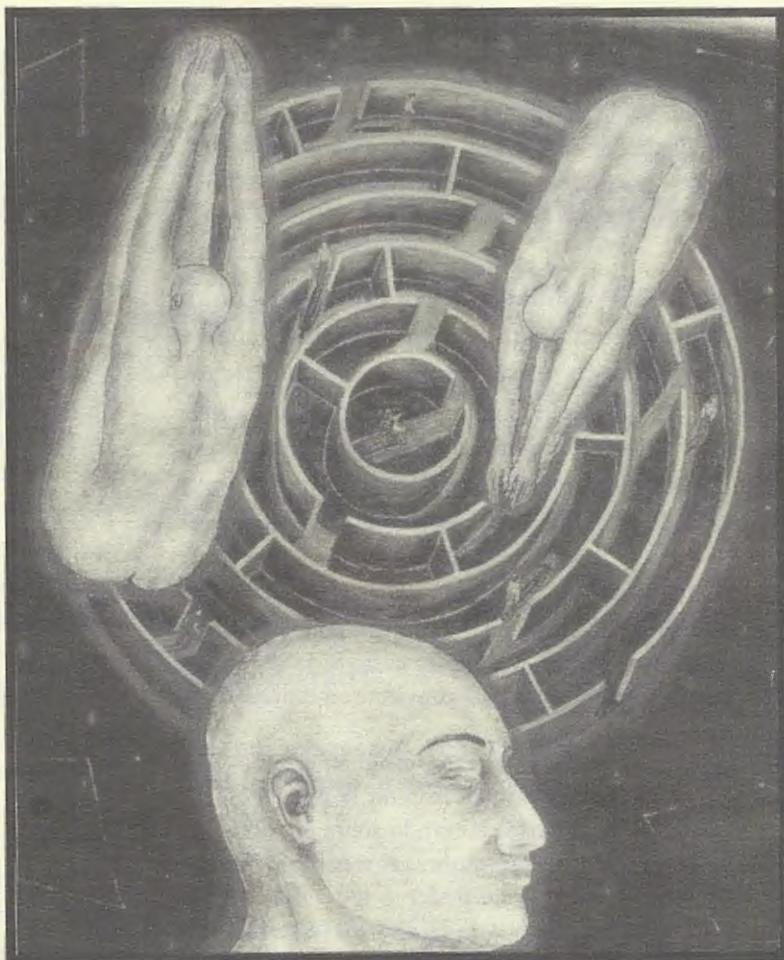
Pareciese que el narrador perdiera la fe que lo había llevado a la aventura, como si se tratara de un creyente moribundo que de pronto se ve invadido por las dudas sobre la existencia de Dios.

Tal vez sea parte de la condición humana que ante la posibilidad casi inminente de realizar una utopía, ésta empiece a desmoronarse, y todo quede en los meros planes, pues la división se genera porque los intereses individuales pesan más que los grupales y, entonces, se apaga el motor que echó a andar el sueño. Lo mismo ocurre en esta aventura, ya dentro de la mina, el espíritu de amistad y unidad del grupo de pronto empieza a escindirse. Ahora resulta que ya casi todos tienen dudas sobre el tesoro, la discusión comienza porque cada uno ya tiene intereses diferentes y distintos modos de moverse dentro de la mina. El carácter egocéntrico de Manuelillo y las ganas de mando sobre el grupo de Jesús el de don Elías afloran abiertamente. Manuelillo tiene, además del mapa, la brújula, pero no tiene linternas, que sí tienen el mencionado Jesús, Casimiro y José. El chantaje se hace presente cuando Manuelillo dice a sus amigos que cada uno tendrá que entregarle un hueso, pues él es el dueño de esos “fundamentales objetos”, así que requiere de una compensación. El espíritu colectivo se diluye y se forman dos grupos: los que tienen las linternas y los que tienen el mapa y la brújula. No se dan cuenta que si no se complementan el viaje terminará sin éxito. Y esto tiene su origen en que los chicos distinguen entre lo que es “nuestro” y lo que es de “ustedes”. Los grandes utopistas como Platón, Tomás Moro y Tomaso Campanella, entre otros (*Cfr. Utopías del Renaci-*

miento), consideran que el origen de los problemas sociales radica en la propiedad privada:

Ellos dicen [se refiere a los habitantes de un pueblo de la India que llegaron a la Ciudad del Sol] que las propiedades en cualquiera de sus formas nace y se fomenta por el hecho de que cada uno posee a título exclusivo casa, hijos y mujeres. De aquí surge el amor propio, pues cada cual aspira a enriquecer a sus hijos, encumbrarlos a los más altos puestos y convertirlos en herederos de cuantiosos bienes. Para conseguirlo, los poderosos y los descendientes de noble linaje defraudan al erario público; los débiles, los pobres y los de origen humilde se tornan avaros, intrigantes e hipócritas. Por el contrario, una vez que ha desaparecido el amor propio, subsiste solamente el amor a la colectividad. (Campanella, "La Ciudad del Sol", p. 151)

Laura Quintanilla.



Laberinto. Encausto y chapopote s/tela, 100 x 120 cm. 2001.

De ahí que cuando los chicos discuten por sus pertenencias se vuelven envidiosos y se mueven sólo en aras de sus intereses personales. Así, el fracaso y el desencanto se hacen evidentes.

Después de transitar por la mina los dos grupos se reencuentran y luego de otra discusión acuerdan caminar juntos y en buenos términos como al principio, sí, pero habiendo perdido la ilusión. Ya con las linternas, que apenas alumbran, pues parece que tienen bajas las pilas, confirman que la brújula no sirve y dejan de creer en la seriedad del mapa, pues no corresponde a la realidad de la mina. Esto implica que para realizarse una utopía hay que prever los obstáculos que la realidad impone, pues la planeación no puede basarse en la mera imaginación y los medios que deben emplearse deberán estar encaminados a sortear las dificultades reales, este no es el caso de la brújula, las

linternas, la falta de palas y picos, la brevedad del tiempo del que disponen para hacer una búsqueda seria, el mapa, ya señalado, y la carreta completamente anacrónica.

Por otro lado, se va dando una transformación en los niños, pareciese que hubieran perdido su inocencia, toda ingenuidad, el único que todavía cree y espera su parte del tesoro es Álvaro, recuérdese que se trata de un retrasado mental, y aquí parecería que Salazar planteara que sólo los locos podrían atreverse a creer en una utopía, sin embargo, como se verá más adelante, no es así.

Cuando el grupo sale de la mina, al grito de: "— ¡Pinche tesoro, quédate ahí bien refundido! ¡Púdrete! — ¡Púdrete! — gritaron en coro lo muchachos." (Salazar, *op. cit.*, p. 133) aparece Álvaro sentado y pidiendo su parte del tesoro:

Nos conmovía su inocencia —cuando menos a mí se me hacía un nudo en la garganta—, por el hecho de que Álvaro era el único entre nosotros que no había dejado de pensar y de creer en la existencia del tesoro. Los demás ya nos habíamos resignado a devolvernos a nuestras casas sin nada desde hacía rato. (*Ibid.*, p. 139)

La paciencia y solidaridad de Ramiro encuentran una solución para consolar a su hermano: vende a mitad de precio su costal de huesos al más mercantilista del grupo, Jesús el de don Elías. Con ese dinero compra unas monedas de chocolate y mazapán envueltas en papel metálico brillante, como de orito, y se las da a Álvaro. Y aquí es justo donde surge el prodigio:

—Aquí está tu parte del tesoro, pero no lo abras hasta que estemos en nuestra casa. Si lo abres ahora o en el camino se te convierte en estiércol de buey.

Los demás, desde la carreta, mirábamos atentos, estupefactos y casi sin respirar la rara ceremonia que se estaba celebrando sobre el polvo del camino, donde sus sombras se estiraban y se alargaban hasta más no poder —igual que las de los pinos, las piedras, la carreta y las nuestras también—, como santos de catedral, por el sol de otoño que estaba ya por meterse entre las montañas, atrás de nosotros.

—Álvaro abrió tremendos ojos y en su cara tenía una expresión de felicidad, que yo jamás he vuelto a ver en ningún ser humano a lo largo de toda mi vida, como lo vengo diciendo desde el principio [...] Era una felicidad inaguantable. La inmensa felicidad que sólo puede sentir un ser como Álvaro, alguien fuera de sí. (*Ibid.*, p. 145)

Se trata, pues, de la sonrisa anunciada por el narrador al inicio del relato, la de un bienaventurado, que sin el amor y comprensión de Ramiro nunca se hubiese dado: “[...] y en la cara de su hermano [...] [se refiere a la de Ramiro] el alivio, el descanso, la dicha por haberle podido proporcionar esa felicidad, por haberle ofrecido ese regalo.” (*Loc. cit.*)

Y esta es una parte culminante de la historia, pues resulta que la renuncia de Ramiro a sus bienes e interés

personal en aras del amor que siente por Álvaro, esa solidaridad entre hermanos, es el verdadero tesoro y se manifiesta al narrador como una revelación, como uno de esos raros instantes en que de pronto se tiene la sensación de plenitud y certeza, igual que cuando se descubre el sentido de la vida:

En un parpadeo experimenté la certeza de que se abrió una puerta, se corrió una cortina o se levantó la tapadera que cubría el tesoro que veníamos buscando. En menos de tres segundos quedé convencido de que el tesoro sí existía. Esa dicha sobre la cara de Álvaro me estaba diciendo que al tesoro había que rastrearlo también en otros lugares insospechados. (*Ibid.*, p. 146)

Quizá el tesoro no tiene por qué estar oculto, igual puede encontrarse sin necesidad de hacer un viaje, sin tener que bajar a las entrañas de una mina, tal vez sea algo tan sencillo como la felicidad de los otros, que por cierto es justamente uno de los dones divinos por el que agradece Borges en su famoso poema. (*Cfr.* “Otro poema de los dones”)

Después, ya en el regreso, casi a punto de anoecer, cuando todos sus amigos están dormidos, el narrador se hace consciente de que está violando una norma de su padre: nunca sacar la carreta de noche. El cielo crepuscular le asusta: “Sobre las cumbres del poniente, las nubes parecían pellejos de carne ensangrentada con mucho gordo.” (*Ibid.*, p. 151) Todo esto, la sentencia de su padre y el ambiente presagiente lo inquietan.

Sin embargo, recupera la confianza en sí mismo, su ánimo se levanta, y es, entonces cuando sobreviene el accidente: la vieja carreta no puede ceder el paso y es embestida por un camión pipa cargado de gasolina. El paisaje es aterrador, el incendio y los cuerpos de los niños calcinados, menos el de Sonaja que milagrosamente se salva. Por eso, ahora, a sus treinta y tres años, el narrador es un ser contrahecho, prácticamente sin huesos, “Ahora soy pura carne, pero carne herida.” (*Ibid.*, p. 172)

La novela termina con la plegaria que el narrador expresa así: “Dios mío, socórreme con sueños antes de que desaparezca. Heme aquí, habla, porque tu siervo oye.” (*Loc. cit.*)

Después del fracaso de aquella, ya tan lejana aventura, por la que todos pagaron un precio muy alto, y el narrador sigue padeciendo las consecuencias, resulta asombroso que aún no se desprenda de aquel sueño que un otoño, él y sus amigos quisieron convertir en realidad, arriba de una carreta tirada por un par de bueyes viejos. La amargura por ser un inválido, nunca lo vence, lejos de arrepentirse de querer conquistar aquella utopía, la enseñanza aprendida en la sonrisa y felicidad de Álvaro han sido el motor que le ha permitido seguir viviendo con esperanza e ilusión, y ahora, a través de la escritura, revive incluso a sus amigos.

Es sorprendente que luego de tantos años de padecer los dolores de esa carne herida que se mueve ahora solo en una silla de ruedas, lo que pide no sea salud, bienestar ni ningún bien material, sino sólo sueños que alimenten su espíritu. Cuando Salazar deja vivo a su narrador, lo que hace es afirmar que lo único esencial para el hombre son los sueños, las ilusiones, las utopías. Y, tal vez, la urgencia de revivirlas en un mundo tan individual, desencantado y falto de proyectos colectivos.

Bibliografía

Directa:

Salazar, Severino. *¡Pájaro, vuelve a tu jaula!*, México, Plaza y Janés, 2001, 172 pp.

Indirecta:

Campanella, Tomaso, "La Ciudad del Sol", en *Utopías del Renacimiento*, México, FCE, 2001, pp. 141-231. (Colección popular, 121)

Moro, Tomás, "Utopía", en *Ibid.*, pp. 39-140.

Servier, Jean, *La utopía*, México, FCE, 1982, 147 pp.

Hemerografía

Sánchez Vázquez, Adolfo, "La utopía de *Don Quijote*", en *La Jornada Semanal*, México, 25 de noviembre de 1990, pp. 21-27.